

A close-up photograph of a hand holding a green bullet. The bullet is held vertically between the thumb and index finger. The background is a white fabric, possibly a shirt, with a vertical streak of dried blood visible in the upper right corner. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the skin and the metallic sheen of the bullet.

**CONJUNCIÓN
MORTAL**

S. F. Alge

S. F. Alge

CONJUNCIÓN MORTAL

Si desea hacer algún comentario al autor o informar de erratas tiene a su disposición los siguientes medios:

e-mail: sfalge.escritor@gmail.com

Facebook y Google+: S. F. Alge

Twitter: [sfalgeescritor](https://twitter.com/sfalgeescritor)

KINDLE EDITION

© Cubierta por S. F. Alge

Copyright © 2015 S. F. Alge

All rights reserved.

I

“Interrumpimos nuestra programación para informarles de un suceso que acaba de producirse en Málaga, España”.

En el salón del amplio ático del centro de Manhattan las palabras del televisor captaron la atención del capo neoyorquino Francesco “Franky” Ruzzomia, 44 años, principal jefe de La Organización, la mayor banda de distribución de cocaína en Estados Unidos. Conocía Málaga por negocios y por placer y ahora sus padres se encontraban en Fuengirola de vacaciones.

No acostumbraba almorzar los lunes en el hogar, pero este lo había hecho. Le quedaba cerca del trabajo y cuando le era posible volvía desde su oficina a su residencia para comer y jugar un rato con su hija antes de regresar de nuevo.

Inconscientemente, diez años atrás, cuando conoció a Anne, su difunta esposa y madre de Giannina, dio un giro a su vida acentuándola hacia las placeres sencillos que ofrece la vida; y pasar el tiempo con su hija constituía su mayor regalo.

Apartó la vista de la cría, una chatilla y vivaracha niña de seis años de grandes y redondos ojos castaños con cortas trenzas negras, junto a la que jugaba sentado sobre la moqueta entre un avión de plástico y un carrito con un muñeco dentro.

—Quita Pummy. No me dejas pasar.

Giannina hablaba a su perro, tumbado delante, mientras empujaba su cochecito de bebé contra el lomo del animal intentando que se apartara. El imponente rottweiler

mestizo de cinco años, casi 60 kg. y fiero aspecto, descansaba tumbado sobre la alfombra. Perezosamente volvió la cabeza, se levantó, balanceó la cola y se volvió a tumbar dos pasos más allá.

En la pantalla del televisor vio la imagen de la locutora superpuesta a la de un edificio rodeado de camiones de bomberos, ambulancias y coches de policía. Una espesa columna de humo negro salía por la azotea. El aparato continuó con la información: "Málaga (España), lunes 10 de Marzo de 2014, 20:00 hora española. Una explosión se ha producido a las 19:45 en el centro comercial El Diseño Latino del área metropolitana de esta ciudad costera del sudeste español. Por la similitud con otro cometido en el mes de Enero de este mismo año las autoridades creen que ha sido un atentado terrorista del FAL (Frente Asturiano de Liberación), aunque este extremo no ha podido ser corroborado porque por el momento nadie se ha atribuido su autoría. Entre las numerosas víctimas se ha confirmado que hay varios menores de edad. También ha provocado importantes daños materiales.

La policía ha situado controles preventivos en las principales carreteras, estaciones de ferrocarril y autobuses, aeropuerto y puerto. Seguiremos informando de las novedades que se produzcan".

—Vaya, espero que eso no retrase el vuelo de los abuelos —dijo Franky izando entre vaivenes a Giannina.

La chiquilla, suspendida sobre la cabeza de su padre, arrojó el muñeco a su mascota, el can se levantó, lo cazó al vuelo con la boca y movió alegremente el rabo. Luego extendió los brazos como si fueran alas e imitó el zumbido de un reactor. Su cerebro sufría una magnética fijación con todo lo relacionado con la levitación. Aviones, cohetes, globos, pájaros, insectos, o lo que fuere que no tocaba el suelo ejercía sobre ella una atracción hipnótica.

—Mira papá. Pumy dice que no.

"Por una parte nos beneficia, la policía se centrará más en asuntos terroristas con lo que destinarán más medios a su control que al narcotráfico. Pero por otra, infecta-

rán de polis la Costa del Sol. Habrá que estar alerta. ¡Uf! Quizá tengamos que cambiar alguna ruta”, murmuró para sí mismo mientras impulsaba a la cría en un corto vuelo picado hasta chocar sus narices.

A los padres de Franky, Carlo y Renata Ruzzomia, les encantaba descansar en su chalet en Fuengirola. Anteriormente discreto, lo fueron reformando y ampliando con edificaciones anexas. Ahora se había transformado era una mansión con múltiples dependencias.

Desde su jubilación la costa mediterránea española con su vida y su sol constituía uno de sus lugares de recreo favoritos; a la par de otra de sus propiedades, su mansión en Melvert (estado de Nueva York). Carlo Ruzzomia lo compró cuando La Organización empezó a exportar cocaína a Europa. Franky pasó en la Costa del Sol muchas de las vacaciones de su infancia mientras su padre asentaba y ajustaba la estructura del narcotráfico en España. En ese tiempo Carlo discutió acaloradamente con su mujer intentando convencerla de que Franky y ella no le acompañaran, temió que les pudieran utilizar contra él, pero era testaruda y estaba enamorada: “Si tú mueres nuestra vida no valdrá nada, además estaremos más seguros que en Nueva York”. Sin darle la razón Carlo cedió.

La criada entró en la habitación para anunciarles que los platos estaban servidos. Torció el gesto al observar fibras de moqueta en el traje del gángster. Al verle disfrutando de su hija esperó conocedora de lo que significaba para Franky estar con la niña. Era la mejor terapia tras la depresión sufrida a causa de la muerte de Anne dos años antes. La sesentona, regordeta y religiosa Estella llevaba al servicio de los Ruzzomia más de cuarenta años y les quería y era querida como como si fuera uno de ellos.

Cuando se casó, Franky vendió su estudio de soltero y se fue a vivir con su mujer a otro más grande, el carísimo ático en Manhattan donde vivía ahora y donde había pasado los mejores años de su vida. Su mujer, profesional del mercado del arte, lo había decorado exquisitamente. Acoplar obras modernas y clásicas con tanto acierto denotaba

un gusto y una sensibilidad inusuales muy del agrado de su marido, que observaba a menudo a personas adineradas comprar valiosas obras de arte limitándose a almacenarlas en los salones sin el más mínimo sentido estético. Luego nació Giannina y las fotografías de la niña empezaron a rivalizar con los objetos artísticos por ocupar los lugares más vistosos sin desmerecer el buen gusto reinante en el lugar.

Estella se fue temporalmente a vivir con ellos para ayudar a Anne en las tareas del hogar. Anne falleció y ella, solícita y con satisfacción, se hizo definitivamente cargo de la casa y de la niña, y a regañadientes del perro.

—Quizá mis padres se retrasen. En el canal de noticias están informando de un atentado en Málaga con bastantes muertos. Intensificarán los controles en el aeropuerto y no me extrañaría que el vuelo despegue algo más tarde —dijo Franky al verla.

—¡Oh Dios mío! Rezaré para que los señores estén bien —se santiguó.

—No digas eso mujer. No ha sido en el aeropuerto.

—¡Vamos! A lavarse las manos y a comer que se va a enfriar la sopa —dijo la mujer atusando el pelo de la niña.

Franky dejó a la cría en el suelo. Giannina se acercó al perro, en cuclillas se puso frente a él agarrándole las orejas, puso su naricilla delante del hocico, casi tocándole, y le dijo:

—Los perros tenéis mucha suerte. No tenéis que lavaros las manos para comer.

El perro ladeó un poco la cabeza y lamió la cara de la cría, desde la barbilla hasta la frente. La niña le soltó y cayó de culo al suelo con el rostro ensalivado.

—¡Pumy, no vuelvas a hacerlo o me voy a enfadar!

Y salió como un cohete hacia el baño seguida por el animal. Franky y Estella no pudieron por menos de reírse con ganas.

—¡Lávate también la cara! —gritó la mujer.

Los cuatro (también Pumy) comieron juntos en el comedor. La niña no quería que el perro comiera solo en la cocina. Tres años antes se plantó delante de sus padres con

el comedero del animal en las manos: "Pobrecillo Pumy. Yo no quiero que coma solo". A pesar de las protestas de Estella el can desde entonces les acompaña durante el almuerzo. A lo que la criada no cedió de ninguna de las maneras, apoyada por la respetada opinión del veterinario y de Anne, fue a que durmiera en la misma habitación de la niña. Giannina tuvo un buen berrinche pero Pumy fue confinado a dormir en la terraza; lugar donde los quince metros a su disposición le venían bien para completar los paseos diarios y las sesiones de entrenamientos y atenciones específicos que dos días a la semana tenía con el cuidador canino.

Diez minutos después de comer, sufrir el cepillado de su traje por parte de Estella, dar un montón de besos y abrazos a su hija y acariciar al perro, Francesco Ruzzomia viajaba en la parte trasera de su limusina blindada. Acompañado en los asientos delanteros por Rick en su labor de chófer y Joe de guardaespaldas recorría las concurridas calles de Manhattan camino de su despacho en la última planta del Edificio Hunter, un rascacielos de oficinas y negocios cuartel general de La Organización.

Las dos plantas superiores del edificio pertenecían a empresas del narcotraficante. En sus despachos los capos de La Organización habían tomado decisiones que afectaban al comercio mundial de la cocaína por valor de miles de millones de dólares. Cualquier arreglo o reforma en sus instalaciones era comprobada milimétricamente, ni el más pequeño de los clavos se libraba de ser escrutado. Periódicamente las dependencias eran peinadas con los más modernos escáneres en busca de artilugios espías a los que las agencias gubernamentales son tan aficionadas. Aunque nunca habían hallado ninguno les constaba que si les daban la oportunidad de instalarlos la aprovecharían, por ello no bajaban la guardia.

Contemplando el gentío a través de las ventanas tintadas del vehículo escuchaba por su móvil a su amigo y jefe de seguridad Mateo Saccini (a su madre, aunque italo-ame-

ricana, le gustó más el nombre en español). El mensaje fue escueto y mostraba profunda inquietud.

—No localizamos a tus padres. Ha llamado Daniel desde el aeropuerto. No ha podido contactar con Lance... ni localiza el coche. Sus móviles no dan señal. Los del servicio del chalet dicen que los tres salieron después de comer hacia Málaga y que tu madre les comentó que quería hacer unas compras antes de ir al aeropuerto. Lance tenía que llamarme antes de embarcar y tampoco lo ha hecho.

Lance, el guardaespaldas, no era un tipo despreocupado y tenía orden de contactar con Saccini antes de embarcar. Habían transcurrido noventa minutos. Franky sabía que si los móviles no funcionaban Lance habría llamado desde un teléfono público u ordenado que lo hicieran desde Málaga. De ninguna manera dejaría pasar siete horas más, la duración del vuelo, sin notificar su localización.

—Moviliza a todos los hombres que tengamos disponibles en la zona. Estaré allí en un minuto —fue lo último que dijo antes de colgar.

Eso significaba comprobar si se habían producido accidentes, asesinatos o secuestros. En caso de raptos las posibilidades de localizarlos eran casi nulas. La dificultad de acudir a la policía lo complicaba, investigarían, profundizarían, averiguarían que viajaban con nombres falsos y el motivo por lo que lo hacían... Lo tendrían que investigar por su cuenta y esperar noticias de los captores. En estos casos los primeros momentos son cruciales para conseguir y seguir pistas; pasados estos, se contaminan, se desvanecen o dejan de tener valor. Lo valoró como la posibilidad más probable. En los secuestros de personas que transgreden la ley no conviene ponerse en contacto inmediatamente con quién se va a extorsionar. Se logra que el inicio de la búsqueda se retrase y se gana tiempo para ocultarse. Si hubiera sido un asesinato u ocurrido un accidente probablemente ya se lo habrían comunicado. En la agenda de los móviles de sus padres y del guardaespaldas el primer número pertenecía a La Organización, además estos no daban señal.

—Acelera Rick, todo lo rápido que puedas.

El mamparo de separación de la parte delantera del coche estaba bajado y sus empleados habían oído la conversación. Eran conscientes de que algo grave podría estar pasando. La orden en sí era inútil, el chófer ya lo procuraba pero era imposible con un vehículo tan grande y pesado zigzaguear en las saturadas avenidas de la Gran Manzana.

El coche se introdujo en el edificio, Rick lo detuvo en el primer sótano frente al ascensor del parking. Cuando Franky y Joe se bajaron lo aparcó en una de las cocheras cerradas y custodiadas por un par de vigilantes que desde una garita controlan una docena de cámaras.

En el elevador Joe introdujo una tarjeta (habían sustituido el botón por un mecanismo electrónico) en una ranura etiquetada con el número 30. Una vez arriba atravesaron un primer vestíbulo abundantemente amueblado que da acceso a salas de estar, áreas de descanso, baños y a otro gran recibidor desde el que se entra a los despachos privados de los capos. En el primer hall varios esbirros hacían guardia día y noche controlando las admisiones y salidas. La puerta de esta segunda y diáfana sala, flanqueada por otro matón, estaba abierta. Dentro le esperaba de pie, muy serio, el veterano y enorme Saccini con un par de gorilas a su lado.

La estancia, ya grande de por sí, a Franky se le hizo descomunal. La cara desencajada de su amigo era muy elocuente. Se sintió como un enano que ve como las paredes, el techo y el suelo se alejan abandonándole en un vacío abismo. Hacía dos años había tenido esa misma sensación. "No, otra vez no", martilleó su cerebro. No se movió, estaba petrificado. Sus ojos miraron a su alrededor.

En dos lados opuestos del gran espacio cuadrado se distribuyen los cuatro despachos de los jefes responsables de cada negociado: el de Franky, jefe máximo; al lado el de Charles Harrison, cerebro y número dos; el de Mateo Saccini, encargado de la seguridad, enfrente del de Franky; y el de Joana Allen, gestora de los asuntos legales y financieros, enfrente del de Harrison. En los otros dos lados están

la puerta de entrada y enfrente una fila de grandes ventanas obsequian permanentemente con una vista magnífica de Manhattan a la vez que iluminan la estancia.

Como mobiliario tiene tres mesas de trabajo dispuestas una frente a la puerta de entrada, delante de las ventanas, y las otras dos a los lados, entre las puertas de los despachos. Las de los lados las ocupan dos matones de seguridad y la otra, originariamente destinada a un secretario que atendiese las cuatro dependencias de los jefes, está actualmente vacante, siendo eventualmente efectuada esta función por Allen. Esta mesa está provista de utensilios de oficina, ordenador, teléfono, etc. A los lados: a un par de metros dos ficheros, en el otro sobre un caballete en forma de media luna una impresora, una fotocopidora y un fax. A un lado de la puerta de entrada, tres robustos butacones y un sofá junto a una mesa maciza, grande y baja como enseres de espera para ocasionales visitas. Adosado a esta pared hay un mueble con armarios, estanterías y un frigorífico disimulado, todo ello perfectamente integrado en el conjunto. De todas las paredes cuelgan desiguales cuadros en cuanto a tamaño y temática. En la sala se respira aroma a lujo. Los muebles, todos de maderas nobles dejan claro que allí se había invertido mucho dinero.

El piso 30 constituye el gran templo de los dos sumos sacerdotes de La Organización, Ruzzomia y Harrison. A ese espacio, casi sagrado en el mundo del crimen organizado, solo unos pocos de sus empleados de máxima confianza tienen acceso.

Por fin Franky avanzó. Todos le miraban en silencio conteniendo la respiración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Franky agarrando, sujetándose a los brazos de Saccini.

—Entremos.

Las palabras de su amigo tenían peso en él. Su reacción instintiva fue zarandearle conminándole para que le contestara, pero no tuvo fuerzas. Con la certeza de que le iba a decir algo que no quería oír, algo que ya sabía, se soltó de las mangas de su empleado. Derrengado, sin decir

nada, como un autómatas, sacó su llavero y abrió la puerta de su despacho.

Una vez dentro se sentó en el borde del sofá de cuero; Saccini acercó una silla para situarse frente a él. La amplia estancia estaba en penumbra. La ventana, en la pared de enfrente, tenía la persiana bajada y solo algunos rayos furtivos conseguían atravesar las rendijas, reflejándose tenuemente sobre el brillante barniz del mobiliario de caoba. A la orden de un mando eléctrico activado por el gorila la persiana subió permitiendo el paso de más luz. "La iluminación natural es mas vital", pensó.

—Ha habido una explosión en un centro comercial en Málaga —dijo Saccini.

—Lo sé. Lo he visto en las noticias —asintió angustiado, con los párpados cubriendo casi totalmente sus ojos de mirada perdida.

—Tus padres estaban allí. Lo siento Franky. En la lista provisional de muertos dada por la policía española figuran los nombres de Paul y Nora Turner y Lance Morley. Están casi seguros de que ha sido un atentado terrorista. Se inclinan por el FAL, independentistas asturianos. Lo siento mucho —repitió—, les apreciaba de verdad.

Franky no pudo reprimirse. Se levantó y se abrazó al cuello de su empleado al oír los nombres ficticios que utilizaban sus padres. Tres o cuatro lágrimas manaron de sus ojos.

Los padres del capo cuando se desplazaban a España habitualmente no usaban identidades falsas pero en esta ocasión lo habían hecho por precaución. En La Organización habían recibido el soplo de que varios sicarios de Miami habían recalado en Nueva York. No sabían quién los había enviado ni si su llegada tenía algo que ver con ellos pero cualquier noticia procedente de Miami la cogían con extrema cautela. En la época en que Carlo era el jefe ajustaron cuentas violentamente contra una banda miamense. Franky pensó que era un buen momento para que sus progenitores se fueran discretamente de vacaciones a España; por ello consideró que lo mejor sería que viajaran de incóg-

nito. Alguna indiscreción de algún empleado de la compañía aérea o del aeropuerto podría llegar a oídos de los de Florida.

Su mente empezó a divagar. Resultaba paradójico que les aconsejara irse de Estados Unidos para estar a salvo y ahora yacían con sus cuerpos destrozados al otro lado del Atlántico producto de un estúpido atentado. Se sentía mareado.

Mateo sabía lo que significaba la muerte de los Ruz-zomia. Mucho, mucho trabajo. El asesinato de un capo del crimen organizado trae consecuencias. Debe hacerse justicia, o sea, ser vengada. Es la ley de los sin ley.

Pasados unos segundos, Franky todavía compungido, se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Con voz entrecortada agradeció a Saccini sus condolencias:

—Gracias, Mateo. Cuando llegue Charlie dile que venga a verme. Ocúpate de que los chicos vayan averiguando algo. Mantenme informado de todo. Y ahora, por favor, déjame solo.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—No, no gracias. Estoy bien.

En ese momento entró Charles Harrison. Impecablemente vestido con un traje oscuro a rayas de corte italiano, camisa, corbata y pañuelo en la solapa a juego y lustrosos zapatos negros de piel. El atuendo parecía estar un nivel por encima de su portador. Harrison aparentaba diez años más de los sesenta que tenía. El duro trabajo y el estrés habían mellado su rostro con profundas arrugas bajo los ojos y en la frente, y maltratado su cabello, los pelos que no se habían desterrado se mostraban canos y débiles en su cuidado peinado. Conservaba la verticalidad en el caminar pero su viveza hacía tiempo que era historia. El tiempo estaba siendo inclemente con él y eso preocupaba profundamente a su familia, en especial a Ethel, su mujer. El veterano estratega de la banda se extrañó al ver a Franky abatido.

—Buenas tardes —saludó lacónicamente esperando que alguien le dijera lo que, evidentemente, ocurría allí.

Saccini respondió al saludo y se dispuso a hablar pero Franky momentáneamente recuperado le interrumpió y bramó:

—¡Han asesinado a mis padres en España! El atentado ese del que hablan en televisión. ¡Terroristas! Dicen que independentistas asturianos. Charlie, los quiero muertos. ¿Qué sabemos de ellos?

Harrison hizo una mueca como si le hubieran quemado en la espalda. El atentado había sido el tema de conversación mientras comía con Ethel. Normalmente lo hacían con la televisión encendida como ruido de fondo, sin prestarle ninguna atención, pero una noticia así, estando los Ruzzomia en Málaga, no podía pasar desapercibida. Es más, viendo las imágenes su mujer se mostró casi tan horrorizada como cuando el 11 de Septiembre vio como caían las Torres Gemelas.

Lamentó oírlo. Quería a los padres de Franky, eran amigos desde hacía exactamente cuarenta y dos años. Recordó entristecido cómo a menudo Carlo Ruzzomia le presentaba, parafraseando un viejo dicho: "Señores, este es Charles Harrison el mejor negocio de mi vida".

Aunque Franky no lo hubiera dicho a Harrison ya le había venido a la cabeza el mismo pensamiento que a Saccini unos minutos antes: "Solo hay una manera de tratar estos asuntos. Uno de los nuestros no puede quedar sin vengar, sobre todo si es un capo".

También Harrison conocía España y sus principales problemas. La Organización utilizaba a España como país de entrada de la cocaína en Europa. En los países en los que trafican el terrorismo es un problema lo suficientemente importante para no subestimarlos. En lugares como Irlanda y algunos de Extremo Oriente tuvieron que cambiar o incluso abandonar proyectos de negocio por este motivo. En el caso español no les había supuesto ningún inconveniente y sus caminos no se habían cruzado. Hasta ahora.

El oír que probablemente habían sido terroristas políticos españoles le alivió bastante. Por lo que sabía les consideraba fáciles de ajusticiar, tipos simples, inexpertos y co-

bardes sin capacidad para desquitarse contra un enemigo como ellos. Se limitan a poner bombas en sitios públicos o debajo de coches donde las víctimas no tienen ninguna relación con lo que reivindicán, o a disparar por la espalda a peones muy alejados de los peces gordos. Nada que ver con el IRA, los irlandeses se habían mostrado excepcionalmente duros contra los narcotraficantes. Ni con los islamistas, fanáticos capaces de morir por la causa. En este caso todavía tendrían más complicaciones, eran difíciles de localizar y podrían huir a países musulmanes donde la capacidad de maniobra de La Organización era nula. Peor hubiera sido que les hubiera matado una banda rival. Las guerras entre grupos mafiosos suelen ser muy cruentas, con muchas bajas en los dos bandos y lo peor, los enfrentamientos son eternos. La única forma de que terminen es que uno de los contendientes desaparezca, ya sea porque acaben muertos o entre rejas.

Avanzó hasta Franky y ambos se abrazaron unos segundos.

—Lo lamento. Sabes lo que eran tus padres para mí. Averiguaremos donde se esconden los hijos de puta que lo han hecho y quienes lo hayan ordenado. Lo pagarán.

En el silencio de la espaciosa habitación su voz sonó más grave de lo habitual pero su rostro ya no mostraba emoción. Desde niño, curtido en los bajos fondos, había aprendido que era mejor no revelar los sentimientos. Lo había perfeccionado hasta interiorizarlo de tal forma que para él era un acto reflejo. Harrison, consciente de ello, lo atribuía al hecho de que por sus decisiones muchos hombres, amigos y enemigos, habían muerto; y cada vez que eso ocurría se deshumanizaba un poco más. Quizá ya había vivido demasiado en esos sesenta años.

Los tres se quedaron estáticos y callados: Franky como ido, Saccini perplejo mirando a su jefe y Harrison pensativo. Por fin este último rompió la incertidumbre:

—Veamos que saben en el Cronicle News Diary —dijo aludiendo a Cristine, una de sus periodistas en “nómi-

na". La Organización contaba con un par de contactos en la prensa.

—¿Periódicos? ¿Vas a alertarles de que estamos interesados? —le preguntó Saccini.

—Nuestro negocio es el transporte internacional, ¿por qué tendría que extrañarla? Además esa mujer es de fiar —dijo casi con desprecio Harrison, poco acostumbrado a que le cuestionasen sus decisiones.

No se molestó en salir del despacho de Franky para telefonar desde el suyo. Fue directo al teléfono de la mesa.

Entre la prensa, como no puede ser de otra forma, las noticias importantes corren a velocidad de vértigo. Harrison recompensaba adecuadamente y facilitaba a Cristine el trabajo sobre incidentes en el puerto (la pasaba información y la dejaba husmear en asuntos como huelgas y delitos que se producían) a cambio de publicar informaciones sesgadas y hacer campaña a favor de las empresas que La Organización tenía allí.

La periodista le dijo que en la redacción el experto en terrorismo daba por seguro, opinión que coincidía con la de su corresponsal en España, que se trataba del FAL. También se refirió a la inusual rapidez con que las autoridades españolas habían revelado los nombres de los fallecidos, obtenidos de sus documentos de identificación minutos después de extraer los cuerpos y sus pertenencias de los escombros. Por último comentó que los neoyorquinos muertos eran gente "del montón" por lo que no iban a dedicarles más líneas de las que ocupaban sus nombres. En otras circunstancias Harrison habría sonreído por el escaso olfato sobre sus paisanos desaparecidos.

Mientras, Franky abrió una de las puertas correderas del mueble. Quedó a la vista un televisor led de 40 pulgadas empotrado entre los libros de la estantería; lo encendió con el mando a distancia, bajó el volumen y sintonizó el canal internacional de noticias. Seguían informando del atentado.